

Quedaron tendidos en la arena, intactos, inmóviles. El señor Xxx los tocó con la punta del pie y luego golpeó la co-  
raza del cohete.

—Persiste! ¡Persisten! —exclamó y disparó de nuevo su  
arma, varias veces, contra los cadáveres. Dio un paso atrás.  
La máscara sonriente se le cayó de la cara.

—Alucinaciones —murmuró aturdidamente—. Gusto. Vista.  
Olor. Tacto. Sonido.

El rostro del menudo psiquiatra cambió lentamente. Se le  
aflojaron las mandíbulas. Soltó el arma. Miró alrededor con  
ojos apagados y ausentes. Extendió las manos como un ciego, y  
palpó los cadáveres, sintiendo que la saliva le llenaba la  
boca.

Movió débilmente las manos, desorbitado, babeando.

—¡Váyanse! —les gritó a los cadáveres—. ¡Váyase! —le  
gritó al cohete.

Se examinó las manos temblorosas.

—Contaminado —susurró—. Víctima de una transferencia.  
Telepatía. Hipnosis. Ahora soy yo el loco. Contaminado. Aluci-  
naciones en todas sus formas. —Se detuvo y con manos entume-  
cidas buscó a su alrededor el arma.— Hay sólo una cura, sólo  
una manera de que se vayan, de que desaparezcan.

Se oyó un disparo.

Los cuatro cadáveres yacían al sol; el señor Xxx cayó jun-  
to a ellos.

El cohete, reclinado en la colina soleada, no desapareció

Cuando en el ocaso del día la gente del pueblo encontró  
el cohete, se preguntó qué sería aquello. Nadie lo sabía; por-  
lo tanto fue vendido a un chatarrero, que se lo llevó para de-  
montarlo y venderlo como hierro viejo.

Aquella noche llovió continuamente. El día siguiente fue  
bueno y caluroso.

## LA IMPORTANCIA DE LLAMARSE ERNESTO

COMEDIA FRIVOLA PARA GENTE SERIA

EN TRES ACTOS

### PERSONAJES

JUAN GRESFORD.  
ARCHIBALDO MONCRIEFF.  
EL REVERENDO CANÓNIGO ASCOT.  
ANSELMO, *mayordomo*.  
ESTEBAN, *criado*.  
LADY BRACKNELL.  
SUSANA.  
CECILIA.  
MISS PRISM, *institutriz*.

ACTO PRIMERO.—Un saloncito en casa de Archibaldo Mon-  
crieff, Half-Moon Street, Londres (W).

ACTO SEGUNDO.—Jardín de la quinta de Juan Gresford,  
Woolton.

ACTO TERCERO.—Saloncito en casa de Juan Gresford.

EPOCA ACTUAL

## A C T O P R I M E R O

Un saloncito en casa de Archibaldo, amueblado lujosa y artísticamente. Oyese un piano dentro. Esteban, arreglando todo para el té en una mesita y, después que cesa la música, Archibaldo.

ARCHIBALDO.—¿Oíste lo que estaba tocando. Esteban?

ESTEBAN.—No me pareció correcto escuchar, señorito.

ARCHIBALDO.—Lo siento por ti. No es que yo tenga mucha ejecución, no —esto está al alcance de todo el mundo—; pero, en cambio, toco con una expresión... Sí, mi fuerte en el piano es el sentimiento. La ciencia la guardo para la vida.

ESTEBAN.—Sí, señorito.

ARCHIBALDO.—Y ya que hablamos de la ciencia y de la vida, ¿te has acordado de preparar los sandwiches de pepino para lady Bracknell?

ESTEBAN.—(Presentándole una fuente.) Sí, señorito.

ARCHIBALDO.—(Inspeccionándola, coge dos y se sienta en el sofá.) ¡Ah!... A propósito, Esteban: he visto en tu agenda que el jueves por la noche, cuando vinieron a cenar lord Shoreman y mister Gresford, se consumieron ocho botellas de champagne.

ESTEBAN.—Sí, señorito; ocho botellas y media.

ARCHIBALDO.—¿Por qué será que en todas las casas de solteros son tan aficionados al champagne



romántico; extraordinariamente romántico. ¡Pero el declararse! ¿No has pensado en que pueden decirle a uno que sí? Y casi siempre se lo dicen. Y entonces, ¡adiós interés! La esencia misma del romanticismo es la incertidumbre. Lo que es si alguna vez me caso, haré todo lo posible por olvidarlo.

GRESFORD.—No lo dudo. El divorcio se inventó precisamente para las personas de memoria tan flaca.

ARCHIBALDO.—Bueno; ¿a qué discutirlo? Los divorcios se hacen en el cielo... (GRESFORD *alarga la mano para coger un sandwich*. ARCHIBALDO *interviene en seguida*.) No, no; ten la bondad de no tocar los *sandwichs de pepino*. Los han preparado especialmente para la tía Augusta. (*Coge uno y se lo come*.)

GRESFORD.—¡Pero tú bien te lo comes!

ARCHIBALDO.—¡Ah, es muy distinto! Es mi tía. (*Ofreciéndole otra fuente*.) Toma, aquí tienes pan con mantequilla. El pan con mantequilla es para Susana. Susana es aficionadísima al pan con mantequilla.

GRESFORD.—(*Acercándose a la mesa y sirviéndose él mismo*.) Y le alabo el gusto.

ARCHIBALDO.—Sí, pero no vayas a comértelo todo. ¿Sabes que parece como si ya estuvierais casados? Y todavía no lo estáis; ni lo estaréis nunca, probablemente.

GRESFORD.—¿Por qué lo dices?

ARCHIBALDO.—¡Caramba! En primer lugar, las muchachas no se casan nunca con el hombre con quien flirtean. No lo encuentran decoroso.

GRESFORD.—¡Valiente tontería!

ARCHIBALDO.—No hay tal. Es una verdad de a folio. Esto explica la abundancia de solteros que se ven en todas partes. En segundo lugar, yo no doy mi consentimiento.

GRESFORD.—¿Tu consentimiento?

ARCHIBALDO.—Querido Ernesto, Susana es prima hermana mía. Y antes de consentir en tu casamiento con ella tienes que ponerme en claro la cuestión Cecilia. (*Llama al timbre*.)

GRESFORD.—¿De Cecilia? ¿Qué quieres decir? ¿Qué significa eso de Cecilia, Archibaldo? No conozco a nadie que se llame Cecilia.

(*Entra ESTEBAN*.)

ARCHIBALDO.—Trae la pitillera que mister Gresford se dejó olvidada la otra noche en el *fumoir*.

ESTEBAN.—En seguida, señorito. (*Sale*.)

GRESFORD.—¿Eso quiere decir que has tenido mi pitillera todo ese tiempo sin decirme una palabra? ¿No podías haberme avisado. Me habrías ahorrado unas cuantas cartas furibundas a la Dirección de Seguridad. Como que ya estaba a punto de ofrecer una crecida gratificación.

ARCHIBALDO.—¡Hombre, haberlo dicho! Precisamente me encuentro casi seco.

GRESFORD.—Sí; pero una vez encontrada, ya no tiene objeto. (*Entra ESTEBAN con la pitillera sobre una bandeja*. ARCHIBALDO *se apodera de ella inmediatamente*. *Sale ESTEBAN*.)

ARCHIBALDO.—No te ocultaré, querido Ernesto, que es una roñosería indigna de ti. (*Abriendo la pitillera y examinándola*.) Por otra parte, lo mismo da, pues ahora que veo la inscripción que hay aquí no caigo en la cuenta de que este objeto no te pertenece.

GRESFORD.—¿Cómo que no me pertenece? (*Dirigiéndose hacia él*.) Tú me lo has visto en las manos un sinnúmero de veces, y no tienes el menor derecho a leer lo que hay escrito dentro. Es indigno de un caballero leer una pitillera privada.

ARCHIBALDO.—¡Bah, bah! Lo absurdo es tener una regla fija sobre lo que debe y no debe leerse. Más

de la mitad de la cultura moderna depende de lo que no debería leerse.

GRESFORD.—Ya lo sé, y no entra en mis intenciones discutir sobre la cultura moderna. No es un tema para hablar en la intimidad. Lo único que necesito es mi pitillera.

ARCHIBALDO.—Sí; pero esta pitillera no es tuya. Esta pitillera es de alguien que se llama Cecilia, y tú me has dicho que no conoces a nadie de ese nombre.

GRESFORD.—Bueno; pues ya que te empeñas, te diré que esa Cecilia es una tía mía.

ARCHIBALDO.—¡Una tía tuya!

GRESFORD.—Sí... Y una señora encantadora... Vive en Tunbridge Wells... Ahora, ten la bondad de devolverme esa pitillera.

ARCHIBALDO.—(Batiéndose en retirada hasta parapetarse detrás del sofá.) Pero, ¿por qué se llama a sí misma la pequeña Cecilia, si es tía tuya y vive en Tunbridge Wells? (Leyendo.) "Recuerdo de la pequeña Cecilia, con todo su cariño."

GRESFORD.—(Dirigiéndose hacia el sofá y arrodillándose en él.) Bueno; ¿y qué encuentras en ello de particular? ¿Es que todas las tías van a ser grandes? También las hay pequeñas... Tú te figuras que todas las tías tienen que ser como la tuya. ¡Es absurdo! ¡Anda, ten la bondad de devolverme la pitillera! (Persiguiendo a ARCHIBALDO por la habitación.)

ARCHIBALDO.—Sí. Pero ¿por qué tu tía te llama aquí tío suyo? "Recuerdo de la pequeña Cecilia, con todo su cariño, a su querido tío Juan." Comprendo que no hay nada que impida a una tía ser pequeña; pero que una tía, sea del tamaño que sea, llame tío a su propio sobrino, es cosa para mí ininteligible. Además, tú no te llamas Juan, sino Ernesto.

GRESFORD.—No, señor; yo no me llamo Ernesto; me llamo Juan.

ARCHIBALDO.—Tú siempre me has dicho que te llamabas Ernesto. Yo te he presentado a todo el mundo como Ernesto. Tú respondes al nombre de Ernesto. Es completamente absurdo que niegues llamarte Ernesto. En tus tarjetas está. (Sacando una de su cartera.) "ERNESTO GRESFORD, Albany, 4". La conservaré como prueba de que tu nombre es Ernesto, si alguna vez tratas de negármelo, a mí, o a Susana, o a quien sea. (Se guarda la tarjeta en el bolsillo.)

GRESFORD.—Bueno, sea; me llamo Ernesto en Londres y Juan en el campo; y esa pitillera me la regalaron en el campo. ¿Estás ya satisfecho?

ARCHIBALDO.—Sí; pero eso no explica lo más mínimo que tu pequeña Cecilia, que vive en Tunbridge Wells, te llame querido tío. Créeme: harías mejor en desembucharlo todo de una vez.

GRESFORD.—Querido, estás hablando como un sacamuelas, cosa vulgarísima cuando no se es un sacamuelas! Te aseguro que causa mala impresión.

ARCHIBALDO.—Como la causan siempre los sacamuelas. Pero, te lo repito: harías bien en confesarme la verdad. Te advierto que hace ya tiempo que abrigaba la sospecha de que eras un consumado bunburysta en secreto; y ahora no me cabe la menor duda.

GRESFORD.—¿Un bunburysta? ¿Qué demonios quieres decir con eso de bunburysta?

ARCHIBALDO.—Te revelaré el sentido de esa incomparable expresión, en cuanto tengas la bondad de explicarme por qué te llamas Ernesto en Londres y Juan en el campo.

GRESFORD.—Bueno; pero dame antes la pitillera.

ARCHIBALDO.—Aquí la tienes. (Entregándosela.) Ahora, venga la explicación, y procura que no sea inverosímil. (Se sienta en el sofá.)

GRESFORD.—Hijo mío, mi explicación no tiene nada de inverosímil. No puede ser más sencilla. El difunto místico Thomas Morris me adoptó cuando yo

era un niño, y me nombró en su testamento tutor de su nieta Cecilia. Ésta, que por motivos de respeto, que tú eres incapaz de comprender, me llama tío, vive en el campo, con su admirable institutriz miss Prism.

ARCHIBALDO.—¿Sí?... ¿Y en qué sitio viven, si puede saberse?

GRESFORD.—Te advierto que no pienso incitarte a que nos hagas una visita... Lo que sí puedo decirte con toda franqueza es que no viven por Shropshire.

ARCHIBALDO.—¡Lo sospechaba! En dos ocasiones distintas he bunburizado todo Shropshire... Pero, continúa: ¿Por qué te llamas Ernesto en Londres y Juan en el campo?

GRESFORD.—No sé si tú eres capaz de comprender mis verdaderos motivos. No eres persona bastante seria. Cuando se es tutor no hay más remedio que adoptar una actitud moral severísima. Es un deber imprescindible. Pero como una actitud moral tan estricta no deja de ser un tanto nociva al humor y a la salud, con el fin de poder venir a Londres sin dar lugar a hablillas, he inventado un hermano menor llamado Ernesto, que vive aquí, y cuyas continuas calaveradas me obligan a intervenir con frecuencia. Ésta es la verdad, pura y simple.

ARCHIBALDO.—La verdad rara vez es pura y nunca simple. Afortunadamente. La vida moderna sería aburridísima, y la literatura moderna completamente imposible.

GRESFORD.—¡Eso iríamos ganando!

ARCHIBALDO.—La crítica literaria no es tu fuerte, querido. No te dediques a ella. Hay que dejarlo a los analfabetos. ¡Lo hacen tan bien en los periódicos! Tú lo que eres es un bunburysta. Tenía absoluta razón al calificarte de bunburysta. Eres uno de los bunburystas más aprovechados que conozco.

GRESFORD.—Pero ¿qué demonios quieres decir con eso de bunburysta?

ARCHIBALDO.—Tú has inventado un hermano menor utilísimo, llamado Ernesto, a fin de poder venir a Londres cuando se te antoje, ¿verdad? Pues yo, a fin de poder ausentarme de Londres, cuando me venga la gana, he inventado un amigo llamado Bunbury, que vive en el campo y está enfermísimo. ¡Ah! Bunbury es un hombre inapreciable. Si no fuese por los continuos achaques de Bunbury, no me sería posible, por ejemplo, cenar contigo esta noche, pues hace más de una semana que le había prometido a tía Augusta cenar hoy con ellos.

GRESFORD.—Sí, pero yo no te he invitado a cenar esta noche, que yo sepa.

ARCHIBALDO.—Ya lo sé. A ti no se te ocurren nunca esas delicadezas. Y haces mal. No hay nada que moleste tanto a las gentes como el que no se las invite.

GRESFORD.—Harías mucho mejor en cenar con tu tía Augusta.

ARCHIBALDO.—De ningún modo. En primer lugar, ya cené con ella el lunes, y una vez por semana es más que de sobra para cenar con los parientes. En segundo, siempre que como allí, me tratan realmente como de la familia, y me colocan en el peor sitio de la mesa, sin ninguna señora al lado, o entre dos, que es casi peor. En tercer lugar, ya sé quién me tocaría de vecina esta noche. Seguramente, Mary Farquhar, que se pasa la comida coqueteando con su marido de un extremo a otro de la mesa. Cosa, como supondrías, nada agradable. Y casi me atrevería a decir que poco decente. Sin embargo, parece que la plaga va en aumento. Es escandaloso el número de señoras casadas que coquetean con su marido. No está bien. Eso es como lavar en público la ropa limpia... Además, ahora sé que eres un bunburysta declarado, deseo hablar contigo de bunburismo. Quiero enseñarte las reglas.

GRESFORD.—Perdona; pero yo no tengo nada de bunburysta. Si Susana me dice que sí, estoy resuelto a matar a mi hermano. Y aunque me diga que no. Cecilia empieza a interesarse demasiado por él. Y ya empiezo a cansarme del tal Ernesto. Te aconsejo que hagas lo propio con ese..., con ese amigo achacoso de nombre tan absurdo.

ARCHIBALDO.—Por nada del mundo romperé yo con Bunbury; y tú mismo, algún día, si llegas a casarte, cosa que me parece sumamente problemática, te alegrarás de conocer a Bunbury. Un hombre que se casa sin conocer a Bunbury está perdido.

GRESFORD.—¡Majaderías! Si me caso con una muchacha tan encantadora como Susana —y hasta ahora es la única muchacha que he conocida con quien me casaría—, te aseguro que no necesitaré lo más mínimo conocer a Bunbury.

ARCHIBALDO.—Entonces lo necesitará tu mujer. Parece que no comprendes que en la vida conyugal tres es compañía, y dos no.

GRESFORD.—(Sentenciosamente.) Ésa es la teoría corruptora que el moderno teatro francés ha venido propalando en los últimos cincuenta años.

ARCHIBALDO.—Sí; y cuya verdad han demostrado las buenas familias inglesas en la mitad de ese tiempo.

GRESFORD.—¡Por amor de Dios, no quieras ser cínico! Es muy fácil.

ARCHIBALDO.—Hoy, hijo mío, no hay nada más fácil. Para todo hay competencia, una competencia estúpida. (Se oye sonar un timbre.) Ésa debe de ser tía Augusta. Únicamente los parientes o los acreedores llaman de ese modo wagneriano. Oye, si consigas llevármela de aquí diez minutos, para que puedas declararte a Susana, ¿me convidarás a cenar esta noche?

GRESFORD.—Hombre, si te empeñas...

ARCHIBALDO.—Sí; pero no vayas luego a faltar a tu palabra. Mira que estas cosas de comida son muy serias.

(Entra ESTEBAN.)

ESTEBAN, LADY BRACKNELL y MISS SUSANA

(ARCHIBALDO se adelanta al encuentro de ellas. Entran LADY BRACKNELL y SUSANA.)

LADY BRACKNELL.—Buenas tardes, Archibaldo, espero que continuarás portándote bien.

ARCHIBALDO.—Sí, me siento perfectamente, tía Augusta.

LADY BRACKNELL.—Que no es lo mismo. Claro es que casi nunca van juntas ambas cosas. (Advirtiendo la presencia de GRESFORD, le hace una inclinación de cabeza glacial.)

ARCHIBALDO.—(A SUSANA.) ¡Estás elegantísima, prima!

SUSANA.—Como siempre, ¿verdad, míster Gresford?

GRESFORD.—Verdad. Es usted perfecta.

SUSANA.—¡Ay, no! No me quite usted las esperanzas. Espero todavía progresar en muchos sentidos. (SUSANA y GRESFORD van a sentarse juntos en un rincón.)

LADY BRACKNELL.—Siento el retraso, Archibaldo; pero no tuve más remedio que ir a casa de la pobre lady Harbury. Desde que se murió su marido no había ido por allí. En mi vida he visto una mujer tan cambiada; parece veinte años más joven. Ahora, ten la bondad de darme una taza de té y uno de esos deliciosos *sandwichs* de pepino que me prometiste.

ARCHIBALDO.—En seguida, tía Augusta. (Se dirige a la mesa del té.)

LADY BRACKNELL.—¿Quieres venir a sentarte aquí, Susana?